

▶ siguiente

los noveles
lista de correos

fósforo
www.revistafosforo.com

revista
kitsch

enlaza con
los noveles

○ contenido

Irene Zoe Alameda | España, 1974 | Licenciada en Filología Hispánica por la Universidad Complutense. Doctora en Literatura Comparada por la Universidad de Columbia. Ha traducido al español el poemario *Lovescene, Limousine and Company* de Damon Ferguson. Asimismo, dirigió el corto *Tarde de homenaje*, premio a la mejor película, mejor guión y mejor producción en el CUPDC Film Festival de Nueva York 2002. En 2004 publicó la novela *Sueños itinerantes*. Sitio web: **Irene Zoe Alameda** (Foto: Carlos Mulas-Granados)



1 HOJA ESTA MURIENDO ENTRE MIS MANOS

La distancia es 1 percepción mental. En realidad no existe. Y yo soy la prueba.

Soy Teo. Yo soy 1 ♂ que en 1 día es capaz de estar en muchos lugares dispares, a miles de kilómetros entre sí: soy 1 ♂ ubicuo.

Por ejemplo: quién recibe al nuevo día aspirando el aire contaminado de la autopista que cerca al hotel Sheraton del distrito 00144 de Roma, viale Pattinaggio 100; quién, acto seguido, corre sobre la cinta derecha del minigimnasio en el sótano del hotel, ante la atenta mirada de cabezas de leones de escayola, mientras se informa de detalles acaecidos aquí y allá por la CNN- International; quién, 1 hora + tarde, se deja fotografiar delante de la Fontana di Trevi / inmensa, imponderable, bella Anita Eckberg: la próxima vez acudiré a la plaza di Trevi por la noche, a ver si se opera el milagro y reaparece ella, y me coge, y me mete en el H2O, y me apachurra; quién, después, hace caca en los váteres públicos del Vaticano, ve al Papa de lejos y se vuelve a dejar fotografiar con él a sus espaldas, saliendo de 1 Rolls-Royce negro; quién, huyendo del buffet 1º *ensalada de huevo / tortilla de ajetes / fideuá*, 2º *palometa al horno / pollo asado / escalope milanese, Postre tarta de yema / fruta del día / helado*, se compra (menudo capricho) la extraordinaria maquinilla eléctrica Philishave 4807 con su accesorio limpiador de regalo en el Duty Free de Barcelona; quién, a continuación, casi se mata en 1 descenso indiscriminado y de cabeza, de 40.000 pies a 10.000, porque el papanatas del comandante tiene tanto calor que abre la ventanilla de la cabina en el último 1/3 del rodaje, y se le olvida blocarla antes del despegue; y quién, por tanto, tras tanto trajín, cae rendido en su inconclusa cama de Bruselas, combada hacia abajo por arriba y por los lados.

¿Hay alguien que haga todo eso? ¿Quién? Pues yo.

Yo: temprano y arrebuñado en mi cama. Soy 1 grumete, moderno eso sí, y hago del viaje el objeto de mi existencia. Me costeo el transporte con el esfuerzo de mi trabajo.



Para 1 viajero tiene tanto peso o + el momento en el que vive que su propia identidad, a la que tiende a confundir con la de otros. El viajero se olvida de quién es fácilmente, y es que se arma tremendos cacaos acerca de dónde se encuentra, no es que se olvide de sí mismo, es que a menudo ni siquiera se reconoce.

A decir verdad, todo esto tiene su lógica. ¿No es el viajero, desprovisto de raigambre, y por tanto de espacio, poseedor únicamente del tiempo que pasa en los sitios?

El viajero tiene como único objetivo seguir viajando, perpetuar proyectos de viaje en el tiempo. ¿Hasta cuándo?

Ésa es la obsesión del viajero: iniciar 1 viaje deseando llevarlo a término; y emprender otros.

¡Eh! ¡Eh! Nada de dramatismos: la gracia del asunto es no saber cuál será el último viaje. El factor clave, el interés del viaje radica en la expectación que pone el viajero, y a esta expectación la activa el azar.

Y ahora al viajero, corredor, romero o peregrino, le corresponde su reposo.

Estoy tan cansado que la idea de dormir me irrita. Tengo 1 vaga sensación de dolor en las raíces del pelo, no sé a qué puede deberse. Sin embargo, no tengo fiebre. Hace no sé cuántos días que no tengo fiebre. Quizá esté sano y no quiera acabar de creérmelo.

Hoy da comienzo mi 1/2 mes de vacaciones. Hasta mañana no puedo ir a la compra. Tengo que limpiar el congelador, porque debe de estar placado de hielo. No quiero ni mirarlo.

Estoy demasiado espabilado para dormirme. Si me levanto, peor.

- Quédate en la cama. No me gusta estar a oscuras.

Descorre la cortina. El domingo amanece brumoso.

El árbol de mi jardín es el árbol del ahorcado. Lo sé porque desde bien pequeñito leo novelas baratas de terror. Y mis favoritas son las que tienen dibujado 1 ahorcado en la portada. Sé reconocer 1 árbol del ahorcado.

Es el mío 1 árbol pelado, nervudo, altisonante y, me temo, incapaz de resistir el peso de 1 adulto. Visto tal y como yo lo veo ahora, enfrentado contra el cielo casi violeta, da - miedo, da casi risa, de tan árbol del ahorcado como es, está fingiendo, y él lo sabe.

No veo ningún pájaro sobre mi árbol, pero los estoy oyendo cantar, tal y como los está oyendo mi árbol. Los reconozco: son los gorriones.

Los gorriones de Bruselas son sabios. Si deciden no posarse en mi árbol es por algo, y yo tendría que averiguarlo.

Si pienso en algo bonito, lo + bonito del mundo, + allá de lo extraordinario, tengo que pensar en las hordas de gorriones de Bruselas.

Todos los gorriones de la ciudad, 20 minutos antes de que decaiga el día (y no sé cómo lo hacen, porque mis ojos no aprecian matices en la luminosidad neblinosa de Bruselas) se vienen a juntar a los árboles de la plaza de la Madeleine, y arman 1 escandaloso griterío por un buen rato.

Estos gorriones son hospitalarios. Siempre que voy a verlos me acogen sin aspavientos ni interrupciones en su dichosa algarabía, cuando me entrometo por entre los troncos de sus árboles.

Todos los gorriones de Bruselas, sin faltar 1, como tengo comprobado, saltan de repente al aire, pero no vuelan, sino que se dejan mecer por húmedas corrientes de aire, que los sueltan y recogen intercambiándose los 2 bandos de gorriones a cada cruce. Los gorriones, silenciados, gozando intensamente todos juntos de su

columpio, ahuecan sus plumas a las caricias del aire.

Son tan pasivos, entonces, los gorriones, tan despreocupados. Yo sonrío porque sí, porque los veo y me parece increíble que nadie se pare conmigo para ver a los gorriones en brazos del aire.

Y esta curiosa celebración tiene lugar todos los atardeceres del año. Por fortuna, para mí y para mi árbol, los gorriones y su canto no emigran.

Nada hay + bonito que eso. Nada me puede hacer sonreír tan ampliamente como los juegos de los gorriones. Diría que Bruselas, con sus filigranas y su incapacidad para la subsistencia fuera del invierno, es 1 ciudad triste, si no fuera por sus pájaros.

Me estoy despertando aún +. Quizá tenga demasiada luz, pero no quiero cerrar la cortina, me gusta mirar el cielo.

Del terraplén que se vuelca hacia mi dormitorio asoman 3 florecitas de color rojo vivo. Es lo único que resalta de mi jardín.

Ahí está mi árbol del ahorcado, mirándome. Voy a salir a tocarlo.

No hace frío en mi jardín. Está sucio, debería limpiarlo. Vaciar la caseta de basura, la puerta se abre de tanta mugre como alberga, es 1 guarrería. Quitar estas plantas que crecen entre los resquicios de los peldaños, porque siempre se me enredan en los pies. Despejar el caminito que recorre los 5 m de largo del jardín: volver a dejar visible el empedrado. Cultivar tulipanes de diversos colores: venden los bulbos en el mercado de las flores los sábados. Recortar las matas, los arbustos, tirar la hojarasca que se pudre sobre la tierra oscura, empapada de mi jardín. Deshacerme de los pedruscos. Eliminar las malas hierbas.

- Hola, árbol. ¿Qué es lo que te desespera tanto, para implorar con tus ramas hacia arriba?

Me obsequia con su última hoja; cae planeando despacito, hasta aterrizar en mi mano. La hoja es muy resbaladiza, porque está mojada.

- ¿Qué debo pensar de esto? ¿Me agradeces mi vuelta? ¿O me echas en cara tu aburrimiento, tu desolación?

Suelta su rama + larga, peligrosamente, hacia abajo.

- No la dejes caer sobre mí, no me hagas daño.

Acoge a 1 pichón negro y gordito; a 1 gorrión; a otro pichón. 1 de ellos suelta su caca. Su caca cae casi rozándome el hombro.

- Cuanto + te miro, + me doy cuenta de que eres 1 tela de araña.

El árbol del ahorcado ahuyenta a los pájaros.

- Tu madeja está bajo tierra, no disimules: de sobra sé que eres inclemente con todo lo que vuela. Estoy dispuesto a acariciarte, pero nunca a dejar que me atrapes.

Ni 1 signo, ni 1 señal. Impertérrito.

- Si quieres, podemos hacernos compañía.

El jardín entero remueve su ramaje.

- Te contaré: no todas las aves del mundo son tan encantadoras como estos gorriones a los que tú envidias. Por ejemplo: vengo precisamente de presentir a las palomas torpes de las Ramblas, y tengo presentes en la memoria a las espídicas de Madrid.

La última hoja del árbol salta de mi mano. De entre las hojas terriblemente amarillentas que hay a los pies del árbol, la recojo. Es la única hoja verde. Está + seca ya.

- ¿Por qué me regalas esta última hoja? Todavía está verde.

1 gorrión acude a posarse sobre mi árbol; pero en el último instante renuncia a ello. En su lugar, se posa sobre la tapia.

- No quieres tener nada sobre ti que te recuerde a las alas de los pájaros, y las hojas son plumas de vegetal. ¿Te molesta tu quietud, o es que prefieres estar completamente solo?

No hay respuesta.

- Dime, árbol. ¿Quieres que me quede?

Por fin suelta el árbol la rama oblicua, que cae tan de punta que se queda estacada en la tierra, frente a mí.

Me vuelvo adentro, a la cama.

No me acuesto ni me tapo, sin embargo: me cruzo de piernas sobre el edredón de plumas. Retengo todavía en mi mano, sin presionarla, la última hoja del árbol.

La última hoja del árbol del ahorcado es esbelta y tiene los bordes aserrados. Sus dimensiones son ambiguas: de mi palma, cubre las líneas de mi mano, excluyendo a los dedos. Por 1 de sus lados muestra la hoja el bocadito de algún insecto. Por lo demás es perfecta y ligeramente des= en sus ½s, como todos los binomios de la naturaleza.

Comprendo que estoy asistiendo a 1 metamorfosis inextricable en la hoja. Me acerco la mano a mis ojos y la observo.

La hoja cada vez está + seca, por lo que abro la puerta del jardín, y dejo penetrar la humedad de fuera. El proceso es imparable. La hoja pierde su brillo, y con él su color verde.

Salgo, salgo al jardín con la hoja sobre las manos, cuidándome de no rozarla apenas, para evitar que mi calor la reseque.

Miro a las otras hojas, al pie del árbol del ahorcado. La silueta de todas está paralizada por 1 gris amoratado. Me temo que el mismo gris que acecha a mi hoja.

Nada puedo hacer. Es el tiempo el que traza frenético el contorno de mi hoja. Pero, ¿dónde está ese tiempo? ¿Dentro, o fuera de ella?

Las fibras terminales de su esquema de hoja se tensan tanto que la hoja se encoge, curvándose vuelta arriba. Por segundos, pierde su turgencia, y se vuelve amarilla y quebradiza. Las manchas parduscas de la muerte, transversales, siempre transversales, se van ennegreciendo ante mis ojos, desplazando el verdor hacia los extremos de la hoja. De su pequeño tallo fluyen, hilo a hilo, sus últimos estertores.

Dios mío.

1 hoja está muriendo entre mis manos.

© Irene Zoe Alameda



Las obras publicadas en Los Noveles son propiedad intelectual de sus autores.

Revista de literatura Los Noveles © 2001-2005

losnoveles@losnoveles.net

ISSN 1547-8114